MÓNICA FERNÁNDEZ-ACEYTUNO



Naturaleza española





MÓNICA FERNÁNDEZ-ACEYTUNO

EL PAÍS DE LOS PÁJAROS QUE DUERMEN EN EL AIRE

Un paseo por la extraordinaria Naturaleza española



- © Mónica Fernández-Aceytuno, 2018
- © Espasa Libros, S. L. U., 2018

Diseño de interior: María Pitironte Iconografía: Grupo Planeta y Raúl Marín Imágenes de la cubierta: © Andrew Howe; © DEA Picture Library; © G. Cigolini; Galería Garisenda / Getty Images; Oxford Science Archive / Heritage Images Imágenes de la contracubierta: Alamy-ACI; AESA; © Astro Ann-Shutterstock; © Hoz Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Depósito legal: B. 27.579-2017 ISBN: 978-84-670-5146-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain* Impresión: Macrolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Espasa Libros, S. L. U. Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona





 \mathbf{II}

Capítulo 1

Enero

17

Capítulo 2

Febrero

41

Capítulo 3

Marzo

69

Capítulo 4

Abril

97

Capítulo 5

Mayo

129



<3 €>

Junio 161

101

Capítulo 7

Julio

191

Capítulo 8

Agosto

22I

Capítulo 9

Septiembre

253

Capítulo 10

Octubre 283

Capítulo 11

Noviembre

313

Capítulo 12

Diciembre

343

ÍNDICE DE ESPECIES

371



CAPÍTULO 1

ENERO

La Naturaleza,
mientras no acertemos a contarla toda,
es infinita.



Ahora que se han unido todos los inviernos aparecen las avefrías.

La tierra se ve toda gris, que es el color del frío, mientras las recién llegadas acuden con prisa al surco labrado por los agricultores, al terrón helado, por fin desmenuzado, abierto como una fruta.

A cierta distancia parecen estas aves otros cuervos, por ese pecho negro que es lo que más se ve de una avefría de lejos. Pero al oír su claro maullido, que es como un lamento por el frío, como la voz de un gato en la noche de invierno, nos damos cuenta de que se trata de avefrías, con su penacho de plumas, su pecho pío, negro y blanco, y sus plumas verdes y púrpuras, irisadas como el interior de una caracola.

Imaginamos el frío blanco como la nieve o transparente como el hielo, pero trae nubes llenas de plumas como una almohada.



Empieza a cantar el trepador azul (Sitta europaea) por los bosques de montaña.

Decía un ornitólogo inglés que el trepador azul tiene la molesta costumbre de situarse siempre en el lado del tronco que no está frente a tus ojos.

Este pájaro pequeñísimo, azul y gris como el cielo más inmenso, con pico de pájaro carpintero que deja en la madera una media luna, tiene una forma de trepar por el tronco que recuerda a la de las lagartijas, como a impulsos, muy rápidos, cabeza abajo o cabeza arriba, en horizontal o en vertical. Se ve estos días de invierno en los castaños más viejos, centenarios, llenos de grietas sus cortezas, donde coloca las avellanas o los frutos del tejo o los hayucos, para partirlos. De pronto lo ves y no lo ves, como una hoja azul que se levanta con el viento, y justo en el castaño de al lado resulta que hay un agateador de colores pardos al que no le importa que le mires, pero no lo miras, porque tú sólo



Trepador azul

quieres volver a ver el azul. Y te mueres de frío, esperando. Y te hartas de dar la vuelta al árbol, porque el pájaro la da contigo, para que te quedes con su recuerdo, de hoja azul en el viento.

Sabes que está allí mismo y que de alguna manera te ve a través del tronco, de la savia, de los siglos.



Los días se alargan.

Viene la luz muy despacio, silenciosa, como no queriendo molestar a nadie desde el pasado 21 de diciembre, que es cuando los días comienzan a crecer, con la entrada del invierno, en el hemisferio norte.

Casi nadie nota esta luz en los huesos pero sí los árboles en sus ramas.

De alguna manera tampoco yo acabo de creérmelo, porque bajo dando un paseo hasta el río cuando empieza el año para ver si ya están los avellanos florecidos.

Las riadas han dejado a los árboles con algunas raíces al aire. De un rojo cereza son las raíces de los alisos. Viene la corriente muy negra, llena de barro, oscura como los días, y a la vez muy brillante, resbalando la luz por la superficie, sin atravesar el agua, de la poca altura que alcanza el sol sobre el horizonte, aunque sea mediodía. Una bruma verdosa cubre como una cúpula el cauce, igual que los ojos de un puente de piedra romano que tuvieran cortinas de cuentas de un verde grisáceo, amarillento, colgando, que son los amentos desplegados del avellano, cayendo de las ramas como gotas detenidas, sobre el agua del río.

A veces pienso que la luz también es un agua.

El avellano suele darse, muy quieto, allí donde pasa algo, un tren, una persona que camina, una luz que crece, un río que fluye. Se diría que tiene la esperanza de que los frutos se vayan muy lejos, como barcos de cáscara de nuez flotando. Todo está pensado con la esperanza. Y la esperanza de cada especie no está cifrada en sí misma, sino en lo que vendrá. En lo lejos que llegará lo que deje, con el agua, con el viento, con la tierra, con las palabras.

Nunca llega a ser el avellano un árbol, aunque lo parezca por la altura. Si miramos al suelo, veremos que el tronco es un ramo de ramas, de las que salen en enero no sólo estos amentos masculinos, sino también unas flores femeninas para las que hay que ponerse las gafas si queremos verlas bien, ya que son diminutas, aunque de un fucsia intenso por unos estigmas que recuerdan a las hebras del azafrán, saliendo igual que las plumas de un plumero de un mismo punto, o como los tentáculos de una actinia de mar.

Según la altitud, pueden florecer los avellanos más tarde, pero siempre antes de que salgan las hojas, entre el invierno y la primavera, para que no estorben a la dispersión del polen, que busca ahora todas las direcciones del viento.

En estado silvestre se dan los avellanos con más frecuencia al norte de la Península, en las umbrías y donde pueda llover algo en verano, aislados o formando rodales, en ocasiones por un camino que sube a unos lagos, como en los Picos de Europa, o bajo la piedra de un lavadero, donde hay aves que esconden las avellanas que germinan y crecen con esa agua que gotea de la ropa tendida como una lluvia en diferido.

El avellano nacido por azar es más fuerte que el cultivado. Y llega más alto el que germina del olvido de un pájaro.



Con la última luna llena de enero, trescientos salmones del Bidasoa realizaron la freza: la puesta de unos huevos que parecen perlas transparentes anaranjadas sobre un surco hecho en la grava como un nido.

De estos huevos acaban de salir unos peces muy pequeños y con manchas rojas que se llaman pintos y que ayer nadaban, bajo un cielo nublado, por los regatos que hay a la altura de Vera de Bidasoa, en Navarra.

Con el paso del tiempo y del agua irán cambiando su aspecto y su nombre: se volverán plateados y en sus flancos aparecerán las primeras manchas negras y, entonces, los pintos se llamarán esguines. Ya en el mar, los esguines se vuelven salmones (*Salmo salar*) de dorso azul o verde, mientras engordan comiendo kril como ballenas, y donde el olfato les lleva a distinguir, disuelto en el mar, un sabor hecho de agua dulce, de grava y de vida, y a remontar la corriente con el olor de su río en la memoria. Sólo si pierden el olfato se desorientan los salmones.

Los que desovaron con la última luna llena están flacos y sin fuerzas, y se podrán ver arrastrados por el Bidasoa: se llaman zancados: son esos salmones que van perdiendo la vida con el sabor dulce, ay, de no haber errado el camino.



Me fui caminando sola en la dehesa por donde ya habían pasado los gamos.

Se apreciaba perfectamente la senda de barro, tan llena de huellas por lo que había llovido que no se veía con claridad ninguna, al superponerse unas a otras hasta semejar la trocha ya seca, algo así como las grietas del tronco de una encina echado sobre la tierra.

Sólo en la orilla del camino pude observar algunas huellas aisladas que recordaban, aunque mayores y menos curvas, a las huellas del corzo, porque también semejan dos lunas, secándose y llenándose de luz con el sol del día.

También las cúpulas que sostuvieron a las bellotas parecían ahora, colgadas en las ramas de las encinas, diminutos cuencos vacíos de madera para recolectar el sol, como si los frutos hubieran querido a su vez dejar su huella en el mundo. Es curioso que no caiga con la bellota su cúpula, llamada en el *Diccionario de autoridades* «coronilla» o «capuchillo», sino que deje caer la bellota a la tierra sola tras crecer a la vez con ella en la rama.

Es ahora cuando mejor se aprecia, en el fondo de esta cúpula hoy vacía, el círculo poroso más oscuro, que es por donde la bellota se fue alimentando de savia, tanta que en ocasiones da lugar a lo que en Extremadura llaman la miel de bellota y que nada tiene que ver con la miel de sus flores, sino con una gota que tienen en ocasiones asomando por el borde en verano las bellotas y que no es más que la savia desbordada de la encina.

Si algún gamo al ramonear tirase al suelo la bellota cuando todavía no ha madurado, entonces la savia seguiría manando por ese círculo oscuro del fondo hasta llenar esta suerte de tazas de madera en miniatura que son las cúpulas de las bellotas, tan artísticas y variadas según el género de *Quercus* del que se trate, pero todas igual de hermosas.

La verdad es que a poco que te fijes en las cosas descubres una belleza inmensa en lo más pequeño, como cuando miras la corteza de la encina que da al norte y la encuentras cubierta de líquenes de un gris luminoso, como de ceniza seca, salpicado por el oro vivo de otro liquen, la *Xanthoria parietina*, en mucha menor medida, claro, pero basta con la belleza de esa minoría para que todo el gris de la *Parmelia* resalte.

Todavía quedan en las riberas algunas majuelas en los espinos blancos, de un rojo tan vivo como el atardecer, que es para algunos frutos el otoño y el invierno y que ahora empiezan, marchitos ya como una noche, a ennegrecerse con el frío, mientras en la dehesa han empezado a salir unas flores amarillas que recuerdan a los jaramagos.

Mirando el paisaje, lo que más te llama la atención es el contraste de los picos blancos de Gredos arriba, y abajo el verde seco de la encina, tan de campo sediento, tocando aparentemente la nieve en el horizonte.

Un paisaje que desapareció cuando alguien, creyendo hacerme un favor, me recogió por el camino.



Aunque no haya florecido, enero huele a tomillo, la esencia escurrida de la tierra seca.

Lo ves por los sardones, casi escondido entre la maleza, muchas veces asomado a los caminos, en la tierra que han partido en dos como una hogaza.

Es en esos terraplenes que dejan a los lados y que parece que no sirven para nada donde mejor se da el tomillo, que, desde allí, atalaya, al otorgarle el cortado de tierra la altura que no le dio la Naturaleza, ya que está casi siempre por debajo de otros matorrales silvestres más altos y llamativos. Empero, como si hubiera un lenguaje del olor más profundo que el de los ojos, se queda enredado el pensamiento entre las diminutas hojas de un verde claro tomentoso del tomillo, porque, al verlo, te preguntas: «¿Será eso tomillo?».

Quizá nos preguntamos a nosotros mismos para justificar que, si queremos cerciorarnos por su aroma, lo mejor es partir un trocito de su tallo leñoso, con tanta facilidad que se diría que está deseando el tomillo que lo quiebres para que te lo lleves muy lejos en el bolsillo de la chaqueta o, mejor aún, bajo la cinta del sombrero.

El resto del paseo puedes cerrar los ojos, porque al olor de la ramita de tomillo aparece delante de ti todo el cielo, las nubes, el horizonte, el sol, el campo entero, la tierra seca que dio ese olor con la última gota de agua que tuvo.



En el Pirineo oscense, una perdiz de plumas blancas excava huecos en la nieve durante el ocaso para pasar la noche a cubierto, al calor de la nieve ya oscura, me cuenta desde Bielsa Domingo de Mur, guarda mayor de la Reserva Nacional de los Circos.

Vive la perdiz nival (*Lagopus mutus*) en la alta montaña, por encima de los dos mil metros, y sólo si sabes dónde campa puedes verla. Domingo afirma que, una vez localizado un bando de perdiz nival cubierto de nieve, si pasas con cautela, antes que apeonar, antes que volar, la perdiz se queda quieta, de piedra, confiada en su blancura.

Sin embargo, la perdiz nival no siempre es blanca. En verano lleva en las plumas el color de su tierra y estos días de tanta nieve sólo le queda oscura la cola, el pico, los ojos, las cejas; el resto, hasta las patas, tiene plumas blancas: se cubren de nieve casi por completo en familia, o en pareja, para no helarse en las noches consteladas.

Mientras tanto, las arrugas por donde se me van los gestos



Perdiz nival

de cada día, de cada año, empiezan a recordarme a las cárcavas de una meseta. Espero que la escorrentía que causa el tiempo no arrastre también la mirada, la realidad de una perdiz de plumas blancas que dormirá esta noche al calor de la nieve.



Tres búhos ulularon de noche en las orillas del Cares.

Los oyó Tomás Alonso, quesero de Posada de Valdeón, en León, donde los más viejos cuentan que el canto del búho anuncia nevadas.

Y nevó tanto desde el pasado jueves que no se pudo salir del pueblo. El frío heló las carreteras, y heló el aire, y todos los sonidos quedaron también aislados: desde una pisada en la nieve hasta la canción del petirrojo hicieron eco al chocar con el cielo acristalado: volaban los sonidos de una ladera nevada a otra como pájaros encerrados, y allí, dondequiera que fueran volando, llegaban amplificados, como los cuchicheos en las catedrales. Por eso se pudo oír de forma tan clara que el búho real cantaba en la noche, enseñando esa mancha blanca del pecho que sólo se ve cuando canta. Dicen que canta más con la luna llena, como si ululara a la mancha blanca del cielo.

Se llaman unos a otros de lejos para marcar su territorio, aunque sea el mismo desde hace años, aunque vuelen junto a los riscos con las plumas desflecadas y más anchas y redondeadas que las de un águila para poder planear en silencio.

Mientras dormían los cuervos, esos que siendo más pequeños se atreven a perseguirles y a asaltar sus nidos, la voz de los búhos rebotó en la nieve oscura y cruzó los ríos helados.



Dan a luz en la oscuridad. Paren en sueños y lo que nace es tan pequeño que no les despierta sumar otra vida al Universo.

Las preñaron en primavera, pero el óvulo fecundado se rebeló al desarrollo hasta que la nieve y el frío empujaron a las osas a dormir, allá por el mes de noviembre. En el sopor del cuerpo bien alimentado, el óvulo se agarró al útero para iniciar la gestación: corta y secreta. Algo que sólo ocurre en otoños en los que llueven castañas y hayucos.

En estos días de enero han alumbrado ya al diminuto y caliente pedazo de vida, de sólo trescientos gramos. Lo primero que han percibido los oseznos es el olor a musgo, a yerba y a madre. Son «esbardos» que nacen salvajes, como todo lo que nace de un sueño, en un mundo civilizado.

Un mundo que también habla de los osos pardos (*Ursus arctos arctos*). Sabemos qué día se juzga a un cazador furtivo que los ha matado, o leemos que el peligro de extinción los amenaza. Ahora nacen en Somiedo, es un hecho actual y extraordinario. Pero querer contarlo no es, tal vez, más que otro sueño.



Oso pardo cantábrico

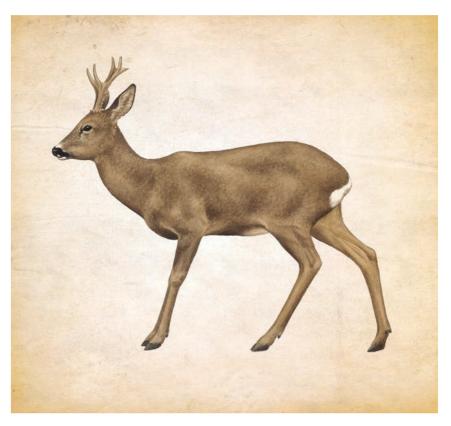


Tras varios días de niebla he visto de lejos que daba el sol en los cristales de mi casa. Ha entrado sin llamar y cuando yo no estaba, pero ¿qué mejor invitado se puede tener en invierno que la luz del sol en casa?



Al mirar hacia el este, en la constelación de Orión, se puede ver a las Tres Marías titilar de frío en la noche sin luna que, al menguar, sale tarde, a la hora de la escarcha, cuando el agua ya cruje y lo oscuro se ha vuelto blanco, que es cuando se hielan en la nieve las huellas del corzo (*Capreolus capreolus*), del lobo y del jabalí.

Si hay mucha nieve, la pezuña del jabalí es sólo un agujero sin ningún detalle, pero, al ser un animal de patas cortas, además de la pezuña, se puede quedar marcado el rastro del cuerpo cuando el jabalí peina de noche la nieve.



Corzo